

Marifé de Triana, la cancionista que nació enseñada

La canción española es una creación de la música culta sobre los estratos de la popular y tiene, básicamente, sus orígenes en las canciones tradicionales y en la tonadilla escénica, sin olvidar las influencias que finalmente recibió del cuplé y del cante flamenco. Un género, pues, que se impuso en los últimos años veinte y primeros treinta, para después, terminada la contienda civil, adquirir un gran esplendor desde los años cuarenta a los sesenta, tanto en España como en gran parte de Hispanoamérica, gracias a la difusión que le prestaron intérpretes tan famosos como Miguel de Molina y Concha Piquer, entre otros, con canciones del músico sevillano Manuel Quiroga —especialmente—, compuestas sobre letras de Antonio Quintero, Rafael de León o Salvador Valverde.

Y aunque la canción española ha mantenido siempre una presencia insoslayable en nuestro ámbito popular, en los últimos cinco años podemos decir que ha vuelto por sus fueros, ocupando un lugar de privilegio en el mundo de los medios audiovisuales y en el mundo del espectáculo. Ante este patente hecho, queremos hoy resaltar las características sumamente singulares de una de sus figuras más significativas de todos los tiempos: Marifé de Triana, una intérprete peculiar de la canción española, con la que este género tan españolísimo asumió riqueza artística en todos los órdenes.

La deslumbradora fuerza expresiva de Marifé de Triana infundió a la canción española una acentuada y atractiva garra, un nuevo matiz estético para sus componentes musicales y literarios. Además, su aparición en el ambiente del género coincidió con la retirada de Concha Piquer, lo que supuso una nueva era para la copla española, al imponer su interpretación

enardecida y vibrante, «peleada» a la manera flamenca, procurando transmitir con la intensidad de su cantar una emoción inmediata.

El público advirtió enseguida que la voz de Marifé de Triana es verdaderamente sugestiva, que encandila rápidamente el ánimo y crea en el oyente un estado atento, cautivado y a la par turbado por su capacidad comunicativa. Y se percibe también que esa voz valiente, cálida y tierna al unísono, infiere a la canción un hálito de humanísima sentimentalidad, un calor de cuerpo en trance e inmerso en la más acuciada emotividad. O sea, una original transcendencia que la hace nueva.

Por eso, surgir al estrellato y convertirse en la gran figura de su tiempo ocurrió a la vez. Marifé de Triana, en cuanto se dio a conocer, pasó a entornarse. No ha existido en su trayectoria ningún camino de perfección. Es la cancionera que nació enseñada, como los legítimos toreros, los geniales poetas o los cantaores puros de flamenco.

Llegó a la fama finalizando los años cincuenta, una época llena de expectativas de toda índole para España, en la que los movimientos artísticos viraban hacia una nueva búsqueda de valores estéticos, hacia un enriquecimiento expresivo fundamentalmente. Y en relación con la canción española no podía ser menos. Marifé de Triana representa la necesaria infusión de pasión y entrega que pedía el arte cancionero español en aquel álgido momento de nuevas visiones artísticas. Su barroquismo interpretativo, los pasajes sorprendentemente vívidos y vividos que transmite en viejas y nuevas canciones, no solamente la distinguen dentro del género, sino que va ganando voluntades entre la afición, una legión de seguidores que no perderá nunca.

No puede ser de otra manera tratándose de una artista que siente todos los argumentos de sus canciones de una forma increíble, sobre todo los dramáticos. «Yo no sé fingir, lo siento tan profundamente que se me saltan las lágrimas», reconoce y explica Marifé de Triana con la mayor sencillez que podamos imaginar. «La actriz de la canción», la llamaron al comenzar su andadura algunos periodistas. Pero Marifé de Triana es algo más que eso, es una cancionista incuestionablemente original, transida de verdadero «jondismo andaluz», el que se origina en el alma. Y con él, con ese específico y conmovedor «jondismo andaluz», enaltece a su arte cuando canta. De ahí que la canción española sea en su voz una catarata de emoción y música inusitada, ¿un poema vivo? Diríamos que sí.

La niña sevillana que se hizo artista en Madrid

La máxima que dice que el espíritu crea fácilmente lo que quiere el corazón, se hizo realidad muy pronto en María Felisa Martínez López, la niña

que nació en Burguillos (Sevilla), el 13 de noviembre de 1936. Su familia, pobre y numerosa, se trasladó a la capital andaluza, concretamente a la calle Alfarería del flamenco barrio de Triana, el legendario lar de la cava de los gitanos y de la fiesta andaluza descrita por el escritor costumbrista Estébanez Calderón, en su libro *Escenas andaluzas* (1846).

Allí viven unos años, hasta la muerte del padre de María Felisa, en 1945. Nueve años tenía la niña sevillana, pues, cuando el destino la llevó a Madrid, donde su familia se estableció con la protección de sus parientes y amigos. Ella quería ser artista y así se encontró con su destino, porque lo buscó concentradamente, con una perenne idealidad dentro del cuerpo: «Yo puedo decir que aprendí antes a cantar que a hablar. Cuando era niña, mis juegos favoritos eran montar funciones con otras niñas. Yo cantaba y cantaba, así pasaban ratos que nunca se me olvidarán. Yo misma me hacía los vestidos de papel. Yo sólo soñaba con ser artista, y la verdad es que cuando menos se piensa salta la liebre. O en mi caso la oportunidad. Viviendo ya en Madrid —cuenta y se emociona con la evocación Marifé de Triana—, mi hermana que era costurera, fue a coser unas cortinas a una casa y me pidió que la acompañara. Cuando llegamos me pidieron que cantara, pues mi hermana les había dicho de mis ilusiones. Se encontraba presente don José Lombardía —hombre de la radiotelevisión—, que al escucharme llamó al locutor David Cubedo, de Radio Nacional de España. David Cubedo me escuchó y me presentó en un programa de su emisora. Aquella fue mi primera actuación en público. Además fue también Cubedo quien me puso el nombre artístico, Marifé de Triana. Seguidamente tuve que examinarme para obtener el carnet para poder actuar. Pero resultó que me faltaban tres meses para cumplir trece años, y la edad mínima para poder trabajar como artista era de dieciséis. Sin embargo, me contrataron para cantar en los fines de fiesta del cine Pizarro, donde estuve siete semanas consecutivas».

Como escribió Cervantes, lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir: el destino quiso que la niña sevillana María Felisa se convirtiera en Marifé de Triana y para ello hubo de salir de su tierra natal para vivir en Madrid. Pero ya era artista de nacimiento.

Presentación y éxito en el Circo Price

La personalidad de la jovencísima cancionista estuvo patente desde sus comienzos profesionales. Y con catorce años realiza sus primeras giras por las tierras de España, primero con el elenco del Teatro Soria, y después

con el popular Teatro Circo Chino, recorriendo ferias, verbenas y fiestas patronales, actuando en el escenario desmontable y bajo la carpa alzada en plazas y andurriales, para unas pocas fechas, a veces a tres funciones diarias, allá en los primeros años cincuenta.

Este ir y venir por los caminos ibéricos, supuso para Marifé de Triana una experiencia muy significativa, especialmente por el contacto con los públicos más dispares y la práctica continuada del género que le interesaba y vivamente sentía. Y en 1952, vuelve a actuar en Madrid, realizando una temporada en el Teatro Cine Cervantes, junto al cantaor Niño de Orihuela. En los medios artísticos empezaba a sonar su nombre y aparecen los primeros contratos en escenarios de prestigio, como la sala de fiestas Teyma de Madrid, en abril de 1954.

El maestro Gordillo, que había comenzado a escribirle canciones, recomienda al empresario Juan Carcellé que cuente con Marifé de Triana, para un nuevo espectáculo a estrenar en el Circo Price, en la Plaza del Rey madrileña. El 30 de julio de 1955, aparecía su fotografía en la revista *Crítica*, con el pie literario siguiente: «Marifé de Triana triunfa en el Price. Marifé de Triana, la bella, joven y singular canzonetista, ha constituido una auténtica revelación en el programa de variedades que Circuitos Carcellé presenta en el Price». Y en la crónica correspondiente se lee: «Marifé es una artista que no sólo canta e impregna de emoción sus interpretaciones, sino que también sabe del valor del gesto y del movimiento; en una palabra: en ella hay dotes de excelente actriz».

Sus actuaciones en el escenario que estuvo en la madrileña Plaza del Rey, el célebre Circo Price, se prolongaron más de lo previsto, y a mediados del mes de octubre de 1955, le fue tributado un homenaje, en el que se le impuso el emblema de oro y brillantes de Circuitos Carcellé. El nombre de Marifé de Triana aparecía rutilante en los medios de comunicación, como corresponde a las grandes figuras del arte.

El apoteósico triunfo de *Torre de Arena*: canción, disco y espectáculo

Una canción de Pedro Llabrés y Marcos Manuel, con música del maestro Gordillo, titulada *Torre de arena*, constituyó el primordial punto de apoyo para la total y definitiva revelación de Marifé de Triana: fue su primer disco, junto a la titulada *Antonio Romance* y sirvió de base a los mismos autores para el guión y montaje de su primer espectáculo: «*Torre de arena* fue la canción que me dio a conocer —recuerda la gran artista sevillana—,